

dian hallarse reunidas todas nuestras fuerzas entre las costas de Inglaterra y Francia, en el momento en que las flotas navales de Inglaterra hiciesen rumbo hacia Oriente, América ó la India; combinacion grande, pero realizable, aunque su ejecucion fué mediana, segun demostraron los sucesos bien pronto.

Por supuesto que todo se dispuso de modo que el plan no se trasluciese, pues ni aun siquiera se confió el secreto á los españoles, quienes se habian comprometido á obedecer con docilidad lo que mandase Napoleon. Solo debian saberlo Villeneuve y Ganteaume, pero no al tiempo de hacerse á la vela, sino en el mar, cuando no pudieran hablar con los de tierra. Entonces debian abrir á cierta latitud unos pliegos cerrados que llevaban, y en los cuales se les decia qué marcha debian seguir; y tampoco se hallaba iniciado en el secreto de la empresa ninguno de los capitanes de navío, á quienes se previno que si se separaban de la escuadra por cualquier incidente, fuesen á reunirse en este ó el otro punto, y nada mas. Ninguno de los ministros, exceptuando el almirante Decrés, sabia el plan, y á este se le mandó se entendiese directamente con Napoleon, escribiendo los partes de su puño y letra, á lo cual hay que añadir que se esparció por todos los puertos la voz de que se preparaba una expedicion á la India; que se fingió iban á ser muchas las tropas embarcadas, cuando apenas debia llevar á su bordo la escuadra de Tolon tres mil hombres, y la de Brest seis mil ó siete mil; y, por último, que se dió orden á los almirantes de que dejasen la mitad de es-

ta fuerza en las Antillas para reformar las guarniciones, y trajesen á Europa cuatro ó cinco mil soldados de los mejores, para incorporarlos con los de la expedicion proyectada en Boloña.

De este modo debian de estar desembarazadas las escuadras y moverse con facilidad: por lo demás, tenian víveres para seis meses á fin de poder permanecer en la mar bastante tiempo, sin tener que hacer escala en parte alguna, y se enviaron correos gabinetes al Ferrol y Cádiz con orden de que se dispusiesen á partir, y siempre estuvieran en estado de levar anclas por que podian ser bloqueadas de un momento á otro por una escuadra aliada, sin decir cuál seria esta ni cómo atacarían.

A todas estas precauciones que tenian por objeto engañar á los ingleses, hay que agregar otra de no menos importancia, cual era el viage de Napoleon á Italia. Suponiendo que si sus escuadras salian á fines de marzo, emplearian el mes de abril en trasladarse á la Martinica, el mes de mayo en reunirse, y el de junio en regresar, estarian en la Mancha para principios de julio, determinó permanecer todo este tiempo en Italia pasando revistas, dando funciones y ocultando sus profundos designios bajo la apariencia de una vida disipada y suntuosa, y luego en el momento indicado, partir de secreto y en posta, trasladarse en cinco dias desde Milan á Boloña, y mientras que creyesen se hallaba todavia en Italia, dar á Inglaterra el golpe con que la estaba amenazando hacia tanto tiempo.

Habia dicha nacion esperado en valde tantas veces en el espacio de dos años ese golpe, que

empezaba á no darle crédito, y la Europa lo tenía por una ficcion forjada para mantener en continua agitacion á la Gran Bretaña y obligarla á consumir sus fuerzas inútilmente, pero mientras quese entregaban á semejante pensamiento, Napoleon habia ido aumentando el ejército del Océano, tomando de los depósitos los soldados necesarios para engrosar los batallones de guerra, y cubriendo con la conscripcion de aquel año el vacío que resultaba en los depósitos. Gracias á esto el ejército de Boloña recibió un refuerzo de cerca de treinta mil hombres, sin que nadie supiese una palabra, y tenía á dicho ejército en tanto movimiento que no podia conocerse á cuanto ascendía, afirmándose por lo mismo todos en la opinion de que todo aquello no era mas que una ostentacion de fuerza para alarmar á Inglaterra.

Dispuestas así las cosas, con la resolucion mas firme de intentar la empresa y una conviccion profunda de que tendria buen éxito, Napoleon se preparó á marchar á Italia. El papa habia permanecido en Paristodo el invierno, pues aunque en un principio pensó ponerse en camino á mediados de febrero para regresar á sus estados, nevó mucho y abundante en los Alpes, siendo esto un motivo para que se detuviese mas tiempo; y así sucedió, pues tanto le instó Napoleon que el santo padre cedió, consintiendo en retardar su marcha hasta mediados de marzo.

No sentia Napoleon que la Europa viese lo mucho que iba prolongándose aquella visita, ni la intimidad cada vez mayor que reinaba entre él y Pio VII, y queria conservarle á su lado mien-

tras que los agentes franceses hacian en Milan los preparativos de una segunda coronacion, por que las córtes de Nápoles, Roma, y aun Etruria, no veían sin pesar la creacion de un vasto reino francés en Italia, y si el papa se hubiese hallado en el Vaticano asediado por toda clase de sujeciones, quizá él tambien se hubiera mostrado poco favorable al proyecto de Napoleon.

Pio VII, adquirió suma confianza para con Napoleon, y acabó por confesarle sus ocultos designios, diciéndole que estaba encantado de las distinciones que le habia dispensado y dispensaba, porque estas distinciones redundaban en provecho de la religion, del bien que al parecer habia causado su presencia, y aun del que estaba haciendo el emperador en Francia para ver de secundar la restauracion del culto. Pero por muy santo que fuese Pio VII, era hombre, era príncipe, y aunque el triunfo de los intereses espirituales le llenase de satisfaccion, no por eso olvidaba los intereses temporales de la Santa Sede, que se hallaban en mucha decadencia de resultas de la pérdida de las Legaciones. Cuando entró en Francia llevaba consigo seis cardenales, uno de los cuales murió en Lyon, que fué el cardenal Borgia; los demas, y especialmente los cardenales Antonelli y di Pietro, eran del partido ultramontano y muy contrarios al cardenal Caprara que tenia demasiadas luces y saber para que les conviniera. Así es que indujeron al papa á que ocultase al referido cardenal los pasos que daba; y eso que como legado que era, debia enterarse de todas las negociaciones que se entablaran en Paris; pero de seguro no les hu-

biera enseñado un medio de salir adelante en sus proyectos, porque todo lo que podia hacerse en favor de la iglesia, lo hacia Napoleon espontáneamente y sin que nadie le instase. Sin embargo, el personage en cuestion los hubiera disuadido de que hiciesen tentativas inútiles, siempre dignas de sentirse porque la mayor parte de las veces son causas de indisposicion.

Lo primero que hicieron fué ponerse á dogmatizar con Napoleon acerca de las cuatro proposiciones de Bossuet, cuya anulacion prometió Luis XIV, segun decian poco antes de morir, y aunque Napoleon estuvo muy moderado en cuanto á la forma, se mantuvo inflexible en el fondo, dejando ver que nada debian de esperar con respecto á la revocacion de los famosos artículos orgánicos.

Quedaba el modo de ejecutarlos, y como se mostrase dispuesto á oír las observaciones que quisieran hacerle sobre este punto, le hablaron en primer lugar de la jurisdiccion que egercian los obispos para con los eclesiásticos, jurisdiccion de que ya le habia hablado muchas veces, y que al papa no le parecia bastante completa.

De acuerdo Napoleon en esta parte con Mr. Portalis, contestó que todo delito espiritual perteneceria á la jurisdiccion eclesiástica; pero que los tribunales ordinarios seguirian conociendo de los delitos civiles, esto es, los que atentasen contra la ley civil, pues los sacerdotes eran ciudadanos, y como tales estaban sujetos á la ley comun. En seguida se habló de los seminarios, de que el número de los ministros del culto era demasiado corto, y por último, del estado en que se halla-

ban los edificios religiosos, descuidados hacia veinte años, y que iban desmoronándose, sosteniendo los cardenales que se necesitaban 38.000,000 al año para subvenir á las necesidades del culto, mientras que en el presupuesto del estado solo figuraban 13, ó lo que es lo mismo 25 menos: á esto contestó Napoleon enumerando lo que habia hecho y lo que iba á hacer todavía á proporcion que fuesen en aumento las rentas del estado. En seguida conferenciaron acerca de varias otras cosas que nada tenian que ver con los artículos orgánicos y su ejecucion, pero especialmente del divorcio permitido segun nuestras leyes modernas, y Napoleon siempre de acuerdo con Mr. Portalis, dijo que los legisladores habian creído indispensable el divorcio para corregir ciertos desórdenes que se advertian en las costumbres, mas los sacerdotes se hallaban en la necesidad de negar la bendiccion religiosa á los que despues de haberse divorciado quisieran volver á contraer matrimonio; que por lo mismo no se violentaba la conciencia de los sacerdotes, y por otra parte esto no era un asunto atentatorio al dogma, puesto que el divorcio existió en la iglesia antigua. Tambien se habló de que á pesar de haberse restablecido el almanaque Gregoriano, el pueblo no observaba por lo general los domingos y fiestas de guardar, á lo cual respondió Napoleon que ya á fines del siglo último, como las costumbres pueden mas que las leyes, se relajaron algun tanto, y que algunas veces antes de la revolucion se veia trabajar el domingo á los jornaleros de las ciudades; que las penas que sobre esto se impusiesen no servian tanto como los egemplos; que el gobierno procu-

raria darlos buenos, haciendo que los trabajadores que el estado tenia á jornal no trabajasen los dias de fiesta; que la gente del campo guardaba fielmente el domingo, siendo la de las grandes poblaciones la única que faltaba en esta parte á los preceptos religiosos; que obligar á los jornaleros de las ciudades y villas á que permaneciesen ociosos era lo mismo que decirles que empleasen en emborracharse y cometer toda clase de vicios el tiempo robado al trabajo, además del inconveniente de tener que hacer uso de la ley penal, y que por lo demás el gobierno haria cuanto permitiese hacer una política religiosa, pero prudente.

Después se trató de la educación, solicitando el papa se concediese al clero facultades para vigilar las escuelas; pero Napoleón contestó que habia en los liceos capellanes escogidos entre los sacerdotes que profesasen las mismas doctrinas que la iglesia, sacerdotes que serian de hecho inspectores eclesiásticos de las casas de educación, pudiendo designar á sus obispos lo que fuese de desear para mejorar la enseñanza religiosa, pero que no habria en los establecimientos de educación otra autoridad que la del estado. También se dijo algo de los obispos que se hallaban en desavenencia con la Santa Sede, conviniendo en que se les haria entrar de grado ó por fuerza en la senda pacífica á que Napoleón queria atraer á todo el clero. La serie de cuestiones de interés espiritual terminó con la discusión de un proyecto que nunca olvidará la corte de Roma, á saber: el de conseguir que se declarase religion dominante en Francia la religion católica; pero Napo-

leon se mantuvo inflexible diciendo que era la dominante de hecho, puesto que era la que profesaba la monarquía de los franceses, y el soberano, y porque en los grandes actos del gobierno, como por ejemplo, la toma de posesion de la corona, siempre intervenia la religion católica con su pompa y su boato.

Por el contrario, una declaracion de tal especie era capaz de alarmar á todos los cultos heréticos, cuando lo que él queria era que todos viviesen en paz aunque solo se habia propuesto restablecer el católico, pero no para que su restablecimiento redundara en perjuicio de la tranquilidad de las demás religiones existentes.

Al fin llegó lo mas esencial, lo que interesaba á Roma mas que todos los puntos de disciplina eclesiástica, el asunto de las Legaciones, acerca del cual se estendió una memoria que Pio VII entregó á Napoleón, y era relativa á las pérdidas que tanto en renta como en territorio habia sufrido la Santa Sede de un siglo á esta parte. En dicha memoria se enumeraban los derechos que por diferentes conceptos percibia en otro tiempo la Santa Sede de todos los estados católicos, y que se habian disminuido ó suprimido á influjo del espíritu francés, en Francia, en Austria y aun en España. Traiase á colacion el modo con que quedó defraudada la Santa Sede del derecho de demasia que tenia sobre el ducado de Parma cuando quedó estinguida la casa de Farnesio; alegábase que se vió privada mucho antes del condado venesino, que fué cedido á Francia; y se citaba la pérdida de mayor consideracion que habia tenido, que era la de las Legaciones, las cuales habian pasado al

dominio de la república italiana. Reducida á tal extremo, la Santa Sede no podía, si hemos de dar crédito á lo que se decia en la memoria, hacer frente á los gastos que originaba la religión católica en todo el mundo, ni poner á los cardenales en estado de sostener su dignidad, ni costear las misiones estrangeras, ni mirar por la defensa de sus estados, por lo cual contaban con que la munificencia del nuevo Carlo-Magno seria igual á la del antiguo. Cuando Napoleon se vió con una peticion tan directa, no supo que hacer, pues si bien es verdad que nada habia prometido para hacer que el papa fuese á París, en todas épocas inculcó la esperanza aunque de un modo general, de que mejoraria la situacion material de la Santa Sede. Devolver á la córte pontificia las Legaciones, era una cosa imposible, á no hacer una traicion á la república italiana que habia fundado y cuyo monarca iba á ser, era lo mismo que destruir todas las esperanzas de los patriotas italianos, quienes veian en aquel nuevo estado un principio de existencia independiente para su patria. Empero tenia á su disposicion el ducado de Parma, ducado que no queria conceder ni á la casa de Cerdeña por via de indemnizacion del Piamonte, ni á España para ensanchar con él el reino de Etruria, porque lo tenia reservado para dotar á un individuo de su familia, y hubiera sido prudente indemnizar con él á la casa de Cerdeña, ó agregarlo á Etruria obligándola á que indemnizase á dicha casa con el territorio de Siena, con lo cual atraia á Rusia á miras de paz y causaba á España sumo regocijo. Renunciando como renunciaba á contemplar á Rusia, que acababa de

retirar á su encargado de negocios, y contentar á España, nacion cuya fuerza de inercia, solo podia despertarse tratándola bien, entraba en las elevadas miras de Napoleon dar al papa el ducado de Parma, pues cediéndolo á la Santa Sede, echaba por tierra lo que se decia acerca de los proyectos que abrigaba con respecto á Italia; destruia el principal argumento de que los ingleses se valian para hacer que Austria entrase en una nueva coalicion europea, y se atraia para siempre al papa, evitando el funesto rompimiento con la Santa Sede que mas tarde le hizo perder mucho moralmente, aunque en la realidad no tuvo otro origen que el contento mal disimulado de la córte de Roma en aquella ocasion. Mas valia todo esto que reservar á Parma, como entonces queria Napoleon, para dotar á su familia: en nuestro concepto, el haber dejado escapar en 1804 la alianza de Prusia, y el haber despedido en 1805 al papa colmado de honores, pero infinitamente perjudicado en sus intereses, constituyen las principales faltas esenciales de esa política poderosa, cuyo error ha consistido en contar con ella únicamente, y nunca con los demás.

Como el papa hablaba indirectamente de las Legaciones, Napoleon se aprovechó de esto para contestar del modo fácil y sencillo que se desprendia de la situacion de las cosas, diciendo no podia hacer traicion á un estado que le habia escogido para gefe, razon legítima y perentoria en cuanto á las Legaciones, y anunció la intencion que tenia de mejorar mas tarde la situacion de la Santa Sede, encargando al cardenal Fesch tuviese una esplicacion con el papa acerca de esto. Por lo pron-

to quería socorrerle con dinero, dando á entender habria que hacer y no muy lejos, nuevo arreglo de territorio que podria redundar en beneficio del papa. Esto lo decia con sinceridad, porque estaba persuadido de que no tardaria en estallar la guerra en el continente, y creia poder conquistar toda la Italia, arrebatando á Austria la ciudad de Venecia, y á los Borbones la de Nápoles, con lo cual no le faltarian medios de contentar al papa. Estas intenciones eran muy buenas; pero como no podian realizarse en el momento, no tardó en producir la tardanza lamentables consecuencias.

Napoleon y el papa se separaron sin quedar tan descontentos uno de otro como podia temerse, teniendo en cuenta lo que el sumo pontifice pedia y negó el emperador; y el papa, en lugar de la alevosia con que al salir de Roma le dijeron seria tratado en París, se encontró con una acogida magnífica, habiendo ido á aumentar con su presencia el impulso religioso, y á ocupar en Francia un lugar digno de las épocas mas grandes que habia tenido la iglesia. El hecho fué que si sus consejeros se iban descontentos, él no, de suerte que se despidió del emperador y la emperatriz del modo mas afectuoso, y colmado de regalos, salió de París el 4 de abril de 1805, en medio de una afluencia de gentes, mayor todavía que cuando llegó, con direccion á Lyon, donde debia detenerse unos dias para celebrar la Pascua.

Napoleon dispuso lo necesario para ponerse en marcha en la misma época, y despues de dar sus últimas órdenes á la escuadra y al ejército, é instar de nuevo á la corte de España para que todo estuviese preparado en el Ferrol y Cádiz, encargó

al archi-canciller Cambaceres la direccion, no ostensible sino efectiva del Imperio, y salió el 4.º de abril para Fontainebleau, donde debia permanecer dos ó tres dias. No hay que decir lo encantado que se alejaria de sus proyectos, y la confianza que tendria en su realizacion, sobre todo cuanto supo que el almirante Villeneuve habia emprendido su marcha felizmente. El referido almirante se hizo al fin á la vela el 30 de marzo, con viento favorable, y se le perdió de vista desde las alturas de Tolon, sin que fuese de temer encontrara á los ingleses; pero hubo un contratiempo que impidió fuese completa la satisfaccion. El dia 4.º de abril, todavía no se habia notado en Brest el equinocio, y Ganteaume no pudo salir del puerto, porque gracias á lo tranquilo y claro que estaba el tiempo, era imposible que los ingleses no advirtiesen la salida de una escuadra. Si Ganteaume hubiera podido dejar á Brest, no era dudosa la reunion de las flotas; pero como era preciso suponer un verdadero fenómeno en las estaciones para que el equinocio no trajese alguna racha de viento en todo abril, Napoleon dejó á Fontainebleau el dia 3, dirigiéndose por Troyes, Chalon y Lyon, y adelantándose al papa, para que las comitivas de uno y otro no encontrasen obstáculos en la marcha.

Mientras que se encaminaba hácia Italia, entregado á sus grandes pensamientos, y distrayéndose de vez en cuando con los homenajes que le rendian los pueblos, agitada la Europa en diversos sentidos, se ocupaba en formar otra nueva coalicion. Alarmada Inglaterra por su existencia, ofendida Rusia en su orgullo, contrariada viva-

mente el Austria al ver lo que se preparaba en Italia , y titubeando sin cesar Prusia entre temores contrarios, anudaban á la sazón , ó permitían que otros anudasen una nueva liga europea, que lejos de ser mas afortunada que las demas; debía proporcionar á Napoleon una grandeza colosal, y demasiado desproporcionada por desgracia para que fuese durable.

El gabinete ruso, lamentando las faltas que habia cometido gracias al carácter vivo del joven soberano , hubiera deseado hallar en las respuestas de Francia un pretexto para enmendar lo que hiciera inconsideradamente; pero como Napoleon no quisiese dar esplicacion alguna ni aun especiosa acerca de la ocupacion de Nápoles, de negarse á indemnizar á la casa de Saboya, y de la invasion de Hannover , considerando estas cuestiones como asuntos de que debe hablarse á una córte amiga, pero no á una hostil , semejante orgullo desconcertó al gabinete de San Petersburgo obligándole mal su grado á mandar á Mr. de Oubril dejara la capital de Francia. El emperador Alejandro, que no tenia bastante carácter para sostener las consecuencias del primer impulso, se quedó casi amedrentado, pero rodeáronle MM. de Strogonoff, Nowosiltzoff y Czartoryski, hombres de mas entereza pero quizá de menos penetracion que él, y le manifestaron la necesidad que habia de defender á los ojos de Europa la dignidad de su corona , presentándole la imagen seductora pero poco práctica, de un arbitramento supremo , egercido en nombre de la justicia y del derecho. Dos potencias, Francia é Inglaterra , tenían alarmada á la Europa , oprimiéndola con los

intereses de su rivalidad: ¿por qué, pues , no se habia de poner Rusia á la cabeza de las naciones maltratadas, proponiéndoles un plan comun de pacificacion que garantizase sus derechos , y arreglase los puntos litigiosos que se ventiláran entre Francia é Inglaterra? Esto es lo que decían los nuevos consejeros del czar, y añadían era preciso que la Europa se sometiese á este plan, proponiéndolo en nombre suyo á Inglaterra y Francia para ponerse de parte de la potencia que lo adoptase; contra la que se negara á ello, á fin de que ésta quedase aplanada bajo la fuerza y el derecho del mundo entero. Los hombres de mas edad , y no tan nutridos de teorías , hubieran visto simplemente en esto una coalicion con Inglaterra y parte de Europa contra Francia , pues concebido el mencionado plan de un modo enteramente favorable á Inglaterra , cuya nacion halagaba á Rusia, y desfavorable á Francia porque no hacia otro tanto, debía ser aceptado por Mr. Pitt, pero no por Napoleon , produciendo mas ó menos remotamente la guerra contra éste. Lo que iba á resultar de él era una coalicion ; pero las proposiciones presentadas al emperador andaban mezcladas con tantas ideas especiosas y brillantes, y algunas tan generosas y verdaderas , que la imaginacion del joven emperador, aterrada en un principio de lo que le proponían, se exaltó hasta el estremo de que sin detencion puso el czar manos á la obra.

Antes de contar las negociaciones que se hicieron de resultas de esto, será preciso esponer el plan de arbitramento europeo é indicar quién fué su autor , pues merecen ser conocidos por las

consecuencias de gravedad que produjo semejante plan.

Un aventurero, de esos que, dotados de facultades eminentes algunas veces, van á llevar al Norte el talento y el saber del Mediodía, marchó á Polonia con ánimo de buscar donde egercitar sus talentos. Era un abate llamado Piátoli, y en un principio perteneció á la servidumbre del rey de Polonia; pero de resultas de tantas y tantas reparticiones como se hicieron, pasó á Curlandia y de Curlandia á Rusia, pues era uno de esos hombres de imaginacion activa que no pudiendo elevarse al gobierno de los estados, porque la suerte les ha colocado en una escala muy inferior á ellos, conciben planes, quiméricos por lo regular pero no siempre despreciables. El aventurero de quien vamos hablando habia meditado mucho sobre la Europa, y la casualidad le puso en relaciones con los amigos de Alejandro, proporcionándole la ocasion de egercer secreta influencia, logrando que en las resoluciones de las potencias prevaleciesen en parte sus planes, honra que raras veces cabe á hombres tan subalternos. El abate Piátoli tuvo la triste ventaja de sembrar en 1805 algunas de las principales ideas que acabaron por ser admitidas en los tratados de 1815, y por lo mismo es digno de llamar la atencion, pues no son supuestos los pensamientos que le atribuímos, estando consignados por el contrario en unas memorias secretas que fueron presentadas entonces al emperador Alejandro (1). Conociendo el estrangero de que se trata, que el principe Czar-

(1) En Francia existe una copia de dichas memorias.

torski era mas meditabundo y formal que los demás jóvenes que gobernaban á Rusia, se unió con él mas que con los otros, y tal fué su uniformidad de miras, que el plan propuesto al emperador lo mismo pertenecia á uno que á otro. Hé aquí á que se reducía el plan.

Como merced á la ambicion de las potencias del Norte y á las conquistas de la revolucion francesa, la Europa habia sufrido un gran trastorno en el espacio de treinta años, quedando oprimidas todas las naciones de segundo orden, era preciso proceder á una nueva organizacion, estableciendo un nuevo derecho de gentes, bajo la proteccion de la gran confederacion europea. Para ello se necesitaba una potencia completamente desinteresada, que infundiese su desinterés á todas las demás, y trabajase por la realizacion de la obra propuesta.

Solo una potencia tenia en sí todos los signos de tan noble mision, y esta potencia era Rusia, cuya ambicion verdadera debia reducirse, si es que comprendia su papel, no á adquirir territorios, como querian Inglaterra, Prusia ó Austria, sino influencia moral, porque para un gran estado la influencia es el todo, y tras ella vienela adquisicion de territorio. Aquel italiano tenia razon, pues haciendo creer Rusia que protegía en Europa contra lo que lleva el nombre de revolucion, á los principes tanto grandes como pequeños que la tienen miedo, ha ganado á Polonia, no siendo imposible que se quede tambien con Constantino-  
pla, porque primero se influye, y en seguida se conquista.

Consiguiente á lo espuesto, Rusia debia propo-



ner á todas las córtes no la guerra contra Francia, lo cual no hubiera sido ni justo ni político, sino una *liga de intervencion para pacificar á Europa*, y como seguramente no costaria trabajo hacer que Austria é Inglaterra se adhiciesen á esto, pero era peligroso intentarlo sin la cooperacion de Prusia, era preciso sacar á esta córte, siempre astuta y sagaz, de su indecision, que se fundaba en el interés, ó que los ejércitos europeos la pisoteasen, si se negaba á cooperar al proyecto comun. Y no solo no se tendria miramiento con Prusia, sino con cualquier estado que resistiera el plan propuesto, *porque era lo mismo que desamparar la causa del género humano*.

Una vez reunidos todos los estados europeos, esceptuando á Francia, debia formarse tres grandes masas de fuerzas: una en el Mediodia, compuesta de rusos é ingleses, conducidos á Italia por mar, y destinados á ir á parar con los napolitanos á la peninsula italiana, para reunirse con una columna de cien mil austriacos que operase en Lombardia; otra en Oriente, compuesta de dos grandes ejércitos austriaco y ruso, que fuese por el valle del Danubio hácia Suabia y Suiza; y por último, otra en el Norte, compuesta de rusos, prusianos, suecos y daneses, la cual descenderia perpendicularmente de Norte á Mediodia hácia el Rhin. Dichas tres grandes masas debian obrar con independendencia, á fin de evitar los inconvenientes que llevan consigo las coaliciones, las cuales se esponen á ser derrotadas por querer proceder de consuno, cuando esto es imposible. De consiguiente cada una de las tres se dirigiria como si fuese un solo ejército, que no tuviera que pensar

en otra cosa que en su propia seguridad y su accion propia, pues por haber querido combinar sus movimientos el archiduque Carlos y Suvarow causaron el desastre de Zurich.

Formada de este modo la fuerza en tres masas llevaria la voz un congreso comun que representase á la *liga de intervencion*, y se ofreceria á Francia condiciones que fuesen compatibles con su grandeza, y en que hubiese convenido antes Inglaterra, no haciéndose la guerra sino en caso de que aquella no quisiese aceptarlas. Dichas condiciones serian los tratados de Luneville y Amiens, pero en la inteligencia de que habian de ser esplicados por la Europa: por lo demás, para que pueda formarse una idea de lo poderosos que éramos en aquella época, vamos á hablar de los proyectos que querian llevar á cabo nuestros envidiosos enemigos.

Francia conservaria los Alpes y el Rhin, es decir, Saboya, Ginebra, las provincias rhenanas, Maguncia, Colonia, Luxemburgo y Bélgica; se restituiria el Piamonte; el nuevo estado creado en Lombardia no se destruiria para devolverlo hecho pedazos á Austria, sino que se constituiria con él una Italia independiente, para lo cual se pediria tambien á Austria que abandonase á Venecia; Suiza conservaria la organizacion que la habia dado Napoleon, pero no podrian entrar en ella tropas francesas, y seria declarada neutral para siempre; y lo mismo sucederia con respecto á Holanda. En una palabra, Francia tendria por limites los Alpes y el Rhin, pero debia evacuar toda la Italia, Suiza y Holanda, sin contar el Hannover, que cesando la guerra, no podia ser ocupado.